

Leg 6º P. 1º

Pa 122

541

EL CRISTIANISMO Y EL DERECHO.

DISCURSO

LEIDO POR EL LICENCIADO

D. JOSE MARIA MARTIN ESPERANZA Y SOLA

EN LA SOLEMNE INVESTIDURA

DE DOCTOR EN JURISPRUDENCIA.

La Iglesia de Jesucristo no solo fué una escuela grande y fecunda, fué una asociacion regeneradora. (BALMES: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*)

MADRID:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

Calle de Pontejos, núm. 8.

1858.

UVA. BHSC. LEG. 06-1 nº 0541

122

EL CRISTIANISMO Y EL DERECHO.

DISCURSO

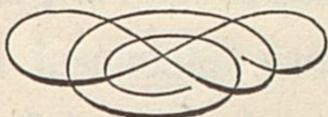
LEIDO POR EL LICENCIADO

D. JOSE MARIA MARTIN ESPERANZA Y SOLA

EN LA SOLEMNE INVESTIDURA

DE DOCTOR EN JURISPRUDENCIA.

La Iglesia de Jesucristo no solo fué una escuela grande y fecunda, fué una asociación regeneradora. (BALMES: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*)



MADRID:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

Calle de Pontejos, núm. 8.

—
1858.

UVA. BHSC. LEG.06-1 nº0541



HTCA

U/Bc LEG 6-1 nº541



1>0 0 0 0 2 8 2 0 8 3

EL CRISTIANISMO Y EL DERECHO

DISCURSO

DE JOSÉ MARÍA MARTÍN ESPERANZA Y SOLA

DE DOCTOR EN JURISPRUDENCIA

La Iglesia de Jesucristo no es una institución humana, sino una institución divina, que tiene su origen en el cielo y su fundamento en la verdad eterna. Su misión es predicar el Evangelio y salvar a los hombres. Su autoridad es absoluta y su disciplina es perfecta. Su gobierno es monárquico y su jerarquía es sagrada. Su culto es santo y su sacramentos son misterios. Su vida es eterna y su reino es eterno. Su amor es infinito y su misericordia es infinita. Su paz es perfecta y su justicia es perfecta. Su gloria es eterna y su honor es eterno. Su poder es infinito y su sabiduría es infinita. Su fe es perfecta y su esperanza es perfecta. Su caridad es perfecta y su pureza es perfecta. Su castidad es perfecta y su continencia es perfecta. Su fortaleza es perfecta y su valentía es perfecta. Su mansedumbre es perfecta y su paciencia es perfecta. Su benignidad es perfecta y su dulzura es perfecta. Su benignidad es perfecta y su dulzura es perfecta. Su benignidad es perfecta y su dulzura es perfecta.



MADRID:

FOR AGENTE, IMPRESOR DE CÁMERA DE S. M. Y DE SU REAL CASA
Calle de Toledo, nº 2.

1888

UVA. BHSC. LEG.06-1 nº0541



Excmo. Sr.

La Iglesia de Jesucristo no solo fue una escuela grande y fecunda, fue una asociacion regeneradora. (BALMES: El Protestantismo comparado con el Catolicismo.)

LA filosofía moderna, alejándose de la enseñanza católica, proclamando el absoluto imperio de la razón, y destruyendo todo principio religioso, ha querido, olvidando lo pasado, guiar por nuevos senderos á la sociedad, sumergiéndola en el insondable caos del ateísmo y del panteísmo. Negando al Autor de lo criado, hollando todo lo que de mas santo existe en la tierra, el racionalismo ha llamado á compartir su poder á la duda y al escepticismo, fatal herencia del pasado siglo, y nada puede hoy admitirse como estable y duradero, y las mas grandes verdades de la moral y del derecho se ven negadas por

una razon enferma, que queriendo darse cuenta de todo y no comprendiendo quizás nada, acaba en último extremo por negarlo, como único medio de salir del caos en que su arrogancia la sumerjiera.

En medio de esta confusion, á la vista de un porvenir sombrío y pavoroso, deber es de todo el que sienta su corazon henchido por la fe de sus mayores, contribuir á sostener, siquiera sea con débiles fuerzas, el único principio sin el cual no hay moral, ni derecho, ni sociedad posible: el principio religioso. Educado bajo su influencia, base sólida de todos mis estudios, nada mas justo que á él dedique el trabajo que hoy debo presentar. Si al examinar la *influencia que el cristianismo ha ejercido en el derecho*, consigo por algunos momentos llamar la atencion de V. E., no será en verdad á la pequeñez de mis fuerzas, ni á la escasez de mi entendimiento, sino á la grandeza y sublimidad del asunto, á la que pueda yo atribuir haber conseguido mi objeto.

Roma presentaba al mundo el ennegrecido cuadro de la crápula y la disolucion. Los bellos tiempos de la república habian pasado; muertos los Scipiones, Decios y Gracos, no era ya Roma la señora del mundo, sino la esclava de Sila, Mario y Cesar, que la gobernaban sin mas título que el asesinato, ni mas mira que satisfacer las pasiones de una muchedumbre desenfrenada. Sus nobles, sin energía y sin virtudes, no eran los guerreros que en otro tiempo llevaran la gloria y el nombre roma-

no á los confines del mundo: raza degenerada y afeminada por las costumbres orientales, la liviandad y la corrupcion mas escandalosa era el entretenimiento ordinario de los descendientes de Caton. El pueblo no era aquel que, celoso de sus derechos y ávido de su libertad, mantenía una lucha perenne y gloriosa con los patricios, arrancándoles una á una sus prerogativas, no: «aquel pueblo que antes distribuía el imperio, las fasces y las legiones, á la sazón tan solo ansiaba dos cosas: pan y juegos (1).» La unidad política había desaparecido; pueblos sin contacto, sin cohesión alguna, amontonados en confuso desorden venían á formar, según la felicísima expresión del primer filósofo español de nuestro siglo, un cuerpo facticio, cual trofeos ensartados en el astil de una lanza (2). Las costumbres, desbordadas en impetuoso torrente, presentaban las instituciones mas venerandas en completa decadencia. El divorcio, teniendo por ley al interés ó al capricho, era el elemento mas disolvente de aquella sociedad, en vano censurada por Caton y Salustio, y cuyas matronas contaban los años, no por el número de cónsules sino por el de maridos (3). La religion y la filosofía eran impotentes para contener tanta corrupcion. Las seiscientas sectas que hormigueaban

(1) Juvenal, Satir. 10.

(2) Balmes: El Protestantismo comparado con el Catolicismo.

(3) Séneca; Juvenal.

dentro de los muros de la ciudad de los Césares, adorando á Venus, Hércules, Júpiter y Baco, divinizando el sensualismo, la lascivia y la fuerza, hacian que, segun la enérgica espresion de Bossuet: «todo fuese Dios, menos »Dios mismo.» La filosofía presentaba hombres como Séneca que hablaba de virtud y patriotismo, que declamaba contra las riquezas y la tiranía, y era al mismo tiempo el mas genuino representante de la liviandad de su época, y el preceptor y valido de Neron, cuyo recuerdo empaña la historia de la ciudad de los Césares; como Luciano de Samosata, que intérprete de su siglo arrogante y ateo, negaba la Providencia y ridiculizaba la virtud; y como Apuleyo y Petronio, que en su *Metamórfosis* y en su *Satiricon*, presentaban negros cuadros ofensivos á la moral y á cuanto mas bello existia en el hombre, proclamando el ateismo y la impiedad.

En medio de este desquiciamiento universal, en medio de la gritería de una multitud frenética y desatentada que corria en pos de la crápula, la incontinencia y los festines, se oye en lo alto de una montaña la voz de un hombre que anuncia á la humanidad verdades claras y sencillas, desconocidas hasta entonces; y el mundo que habia oido á Licurgo, Platon y Aristóteles injuriar las leyes morales del hombre, oye en este nuevo lenguaje la realizacion de la prediccion de la víctima ilustre de la virtud, Sócrates, que desesperaba de la mejora de los hombres hasta que la Providencia les enseñase sus

leyes y deberes, el cumplimiento de las profecías de los Hebreos, y en aquel bello compendio de la ley evangélica, la única áncora de salvacion en la inminente ruina que le amenazaba. Ese hombre, cuyo lenguaje claro, sencillo, despojado de sofismas y sutilezas filosóficas, anuncia al mundo las doctrinas mas sublimes, las únicas que pueden dar heroismo, dignidad, virtud y felicidad, es Jesucristo, «que sin ser poderoso por su nacimiento, por las
»armas ni por la poesía; sin cetro, ni espada, ni pluma,
»ni lira, pobre, ignorado, primer martir de su culto, pre-
»dica y lleva á cabo la regeneracion social de la humani-
»dad (1).»

Desde este sublime momento la faz del mundo se cambia: realizado por el cristianismo el *nosce te ipsum* de la filosofía pagana, el hombre conoce todo lo que en él hay de noble, moral, infinito; la muger comprende toda su dignidad; la familia reconoce vínculos mas fuertes, mas estables, mas duraderos que la artificiosa ligazon, hija de la ley que la unia. Permitidme que en la imposibilidad de manifestar la inmensa y trascendental influencia que en todos los ramos del derecho ejerció la sublime doctrina predicada por el Redentor del mundo, me fije en el individuo y en la familia, base de toda civilizacion.

En el principio de las sociedades el hombre no veia

(1) Chateaubriand.

en sus semejantes mas que un objeto de odio, de desprecio y de ambicion: el romano no conocia igual en la tierra; no veia en el que habitaba fuera de sus murallas mas que un enemigo, cuyo aniquilamiento le importaba. Mas tarde la filosofia, tal vez por un sentimiento de humanidad, tal vez esplotando su misma codicia, hizo nacer en él un destello de compasion, y creó la esclavitud, abriendo ancha brecha entre el vencedor y el vencido, y haciendo ver en este un siervo sobre quien aquel tenia derecho de vida y muerte. Al cristianismo tocaba mostrar en aquel sér envilecido y degradado un hermano, y hacer germinar la idea de fraternidad, nueva y desconocida, en el corazon de los mortales, añadiendo, al hacerlo así, un beneficio mas al mundo, que debiera estar escrito en los anales de la Filosofia con letras de oro: «la »abolicion de la esclavitud (1).»

Antes de realizar este inmenso beneficio, la raza de los esclavos, degradada, segun Homero, por la mano del mismo Júpiter, marcada con un sello humillante por la misma naturaleza, segun Aristóteles, envilecida por Platon en su República, era ante los ojos de la humanidad una segunda especie de hombres (*secundum genus hominum*), sobre los cuales el Romano ejercia el *jus utendi et abutendi*, y podia, como Quinto Flaminio, matar por capricho en un convite, dar por pasto á los peces, como

(1) Chateaubriand.

Vedio Polion, ó comerciar con sus pasiones, como Caton. Aparece esta religion divina, y uno de sus primeros cuidados es destruir esa barrera que entre hombre y hombre existia, y el mundo lee, en lugar de las aberraciones de Aristóteles, las cartas de San Pablo, que les dice: «Todos »sois hijos de Dios por la fe que es en Cristo Jesus; cualesquiera que habeis sido bautizados en Cristo, os habeis revestido de Cristo; no hay judío, ni griego, *ni esclavo, ni libre*, ni varon, ni hembra, *todos sois uno en Jesucristo* (1).» La criatura racional hecha á semejanza de Dios, dice San Agustin, no se quiso dominarse mas que á los irracionales; no el hombre al hombre, sino el hombre al bruto.

Estos principios naturalmente influyeron en la Jurisprudencia: al antiguo derecho de vida y muerte sucedense disposiciones que, sin atacar de frente la institucion, van socavando sus cimientos, y haciendo que la reforma sea lenta, sí, pero estable y duradera. Así Antonino Pio manda no se ensañe el amo con el esclavo; Claudio prohíbe matar á los achacosos; Adriano castiga á Umbricia, que maltrató á sus siervos; y Constantino declara que el señor puede castigarlos, *nec vero immoderate suo jure utatur*, y considera como homicida al que atente contra su existencia (2). Ultimamente, faci-

(1) 1 ad Cor., c. 12, v. 13.

(2) Tit. 13, lib. 1, Cod.

litada la manumision por Justiniano, concedida la ciudadanía romana al manumitido solemnemente, borradas las leyes *Ælia Sentia*, *Fusia Caninia* y *Junia Norbana*, la esclavitud fué herida de muerte, y el tiempo se encargó de su total desaparicion.

La esclavitud doméstica siguió iguales pasos: al omnímmodo derecho de vida y muerte, de entregar en noxa, y á la bárbara facultad de la esposicion de los hijos, que constituian la antigua patria potestad romana, sucédense disposiciones que aminoran tan criminales y abusivos derechos. Apenas Constantino abraza la religion del Crucificado, cuando la facultad ilimitada de vender los hijos se restringe, se conceden todos los derechos de paternidad á los que recojen espósitos, y se estiende á los padres el bárbaro castigo que la ley Pompeya imponia á los parricidas. A tan admirables disposiciones sucédense otras de Valente, Valentiniano y Graciano, que continuaron la obra de aquel emperador. Al gran reformador de la jurisprudencia romana tocaba tambien poner el sello en tan importante empresa: derogando disposiciones anteriores, Justiniano hace libre al hijo espuesto, sea cual fuere el derecho con que se le reclame, destruye de una vez el bárbaro derecho de dar en noxa, completa las disposiciones que sobre peculios habian dado sus antecesores, y en la novela 118, rompiendo los vínculos civiles que sujetaban á la familia, sustituyéndolos con los lazos del amor y de la sangre, hace al hijo sucesor único de la

madre, y á esta coheredera con el padre de los bienes de aquel.

Examinado el individuo dirijamos nuestra investigacion á la familia, y veamos el cambio radical que el cristianismo produjo en ella. El matrimonio romano no era ya el *consortium omnis vitæ* de Modestino; era un contrato por el que el hombre adquiria la posesion de la mujer, y por el que esta pasaba de la esclavitud paterna á la no menos dura servidumbre del marido. De esta especie de concubinato legal á la prostitucion, no habia mas que un paso; dado este por el politeismo, la mujer casada de esclava se hizo concubina, y el matrimonio existia, escrito sí en los códigos legales, pero borrado en el corazon de los romanos. Espárcense las saludables doctrinas del cristianismo, y á las leyes de Augusto, basadas en la codicia y en el interés, sucédense las disposiciones de los emperadores cristianos, que viendo en el matrimonio la base y fundamento de toda sociedad, tienden á su completo desarrollo. Constantino borra las diferencias que Augusto estableciera de célibes, estériles y casados; Leon da el golpe de gracia al concubinato, profundamente atacado por sus antecesores; y Justiniano borra toda clase de diferencias en el matrimonio. Ultimamente, realizando el principio de Jesucristo: «Sean dos en una carne; lo que Dios unió, no lo separe el hombre (1),»

(1) San Mateo, cap. 19.

legislan sobre el divorcio, y si bien sus esfuerzos son al principio estériles, la Iglesia se encarga y lleva á cabo la realizacion de la doctrina cristiana: «uno con una y para siempre.» Desde este momento el matrimonio no es un contrato que puede romper la voluntad de los contrayentes; no es tampoco un deber impuesto por la coaccion y la violencia: «es un sacrificio; son dos copas: »en la una se encuentran la belleza, el pudor, la inocencia; contiene la otra un amor puro, el desinterés, la »consagracion inmortal del hombre á la que es mas débil que él, á la que tal vez ayer no conocia, y hoy se »contempla dichoso en poseer; y es necesario que las dos »copas estén igualmente llenas, para que la union sea »santa y el cielo la bendiga (1).»

Santificado el matrimonio, la condicion de la mujer debia variar; y sin ser envilecida como en Roma, ni elevada á una exaltacion romancesca como en otros pueblos del Oriente, fue considerada tal como el Génesis la habia descrito: «La compañera del hombre, hecha á su semejanza;» y el cristianismo, que mostró el tipo mas perfecto del verdadero cristiano en su divino fundador el Redentor del mundo, mostró en su Purísima Madre el dechado mas completo de todas las virtudes que deben ornar á la mujer, y esta vió, en la descrita por Salomon, era ella el sér que habia de consolar al hombre en el in-

(1) Ozanam: La civilisation au cinquième siècle. Les fem-chret.

fortunio, y que habia de compartir con él sus alegrías; comprendió lo que era la modestia y castidad de la doncella, el recogimiento de la casada y el amor de la madre: igualada ante Dios al hombre (1), conoció su mision sobre la tierra, que no era en verdad lo que filósofos y literatos la aconsejaban envileciéndola y ultrajándola, sino «educar bien á sus hijos, y permanecer constantes »en la fe, en la caridad y en la piedad (2).» Realzada así la mujer cristiana ha sido, como ha dicho un escritor de nuestros dias: «El santuario en que penetra el hombre »para regenerar sus pasiones en los recónditos secretos »del matrimonio, ó en que deposita el llanto de sus »amarguras y encuentra el paño de sus lágrimas, ó aque- »lla celestial delicia que siente el corazon cuando cuenta »sus placeres á otro corazon amado.»

He aquí los admirables efectos del cristianismo; desaparece la barbarie, y la humanidad, la compasion, la dulzura y la amistad ocupan su lugar; el matrimonio recibe el sello del amor legítimo y la perpetuidad; cesa el bárbaro espectáculo de la esposicion de los hijos; la natural rivalidad en la poligamia y la comunidad brutal de las mujeres; los padres entran en el goce de los derechos de la naturaleza, la educacion moral en los planes de los legisladores y el debido respeto á la propiedad;

(1) S. Gerónimo, ep. 77.

(2) Carta de S. Pablo á Timoteo.

la pobreza evangélica ocupa el trono de la avaricia, y la virginidad el de la mas vergonzosa y autorizada prostitucion; al influjo de tan divina religion las leyes suavizan las cadenas de la esclavitud, y estas víctimas desgraciadas experimentan su proteccion; la pobreza pierde su deformidad, y la indigencia ve con placer asilos de misericordia; la conciencia recobra sus derechos y se hace respetar; las leyes se observan por amor; los deberes sociales se unen y enlazan con los religiosos; en una palabra, el orden sucede al desorden, á la supersticion la verdadera religion, á la inmoralidad consentida y autorizada las verdades del Evangelio, al egoismo sistemático las relaciones sociales con sus semejantes, y por medio de la religion, con el verdadero Dios.

Para producir esta gran regeneracion en el mundo, los hombres eran insuficientes; solo el cristianismo podia llevarla á cabo (1). Inoculada la fe cristiana, clavada la cruz en el corazon del paganismo, este no hizo mas que forcejear al pie de esta cruz, principio de una nueva vida, y acabar de morir forcejeando (2).

Empero la mision de esta divina religion no estaba cumplida, y el cristianismo sufrió nuevas luchas, nuevos contratiempos, de los cuales habia de salir mas fuerte, mas vigoroso: tenia que arrostrar dos barbaries, la bar-

(1) Villemain.

(2) Augusto Nicolás.

barie salvaje de los hijos del Norte en el siglo V, y la barbarie en el orden de las ideas en el XVI, nacida en el corazón de la Alemania (1).

El desbordamiento de las tribus bárbaras hubiera producido el naufragio universal del mundo, si no hubiera habido un faro por donde guiarse y una nave que no se sumergiese; este faro y esta nave no era otra que la Iglesia católica, y bien pronto se vió á los sucesores del «azote de Dios,» vencidos no por el hierro sino por la caridad, doblegar su indomable cerviz á los mandatos de los Obispos, y nacer de la rudeza una civilización brillante, modelo, de la que son claro testimonio el Fuero Juzgo y el Código de Teodorico.

El siglo XVI produjo también no pocas perturbaciones: el ensangrentado espectro de la soberanía individual ó absoluta invocado por la Reforma, sale del sepulcro donde le había sepultado el cristianismo; el espíritu de independencia subleva las naciones, y la discordia con su implacable encono penetra hasta el seno de las familias; Lutero, impío y apóstata, no contento con pisotear el tosco sayal con que encubría sus pasiones, rasga con impúdica mano el velo de una virgen, y ofrece al mundo la grosera profanación de Catalina de Boré. Sucédense nuevos escándalos, y á la voluptuosidad de Enrique VIII síguense las exigencias del Landgrave de Hesse-Cassel,

(1) Balmes: El Protestantismo, tom. I.

aceptadas con grande algazara por el protestantismo, y sancionadas dignamente por su fundador en sus «Comentarios sobre el Génesis.» Derrocada la santidad del matrimonio, secularizado este, menospreciada la proteccion de la Iglesia, el desorden y el caos sucédense, y vese, como dice la célebre proscrita de Napoleon, Mad. Stael, «la santidad del matrimonio atacada por el divorcio, el »facil y tranquilo cambio de esposos, la pérdida de la »consistencia de costumbres y de caracter, el desmoronamiento de las instituciones mas sagradas, y la falta de »reglas fijas en todas materias (1).»

Encendida por Lutero la tea de la independenciam religiosa, aplicada por Rousseau á la política, Voltaire las reunió con su pluma desoladora: las doctrinas de la enciclopedia surten su efecto, y el año 93 no es otra cosa que la restauracion del paganismo: el Estado es ateo, la Iglesia se estermina, y el estandarte de la irreligion tremola en las sociedades patrióticas, en la Asamblea, en la Convencion, en el Directorio, y la pluma se cae de la mano al recordar el decreto mas horrible en los anales del mundo: «La proscripcion de todo culto.» Cumplidos así los deseos del frenético Dupont, que embriagado con las heces de la impiedad solo aspiraba á pronunciar desde la tribuna: «No hay Dios,» la Razon en traje de prostituta es el dios de los revolucionarios, y en aquel dia

(1) De l'Allemagne.

memorable el hombre se aniquila por este acto de impiedad, se hunden los templos, el sacrificio, la religion, Dios, y reina el caos. Empero restablecida la calma aparece el cristianismo fuerte, vigoroso como el primer dia, y Napoleon, guiado por la mano de Dios y la fe de su esposa, restaura la religion, y celebra al pie de los altares que restablece, al mas grande de las victorias que inmortalizarán su nombre, recibiendo el catolicismo una de las mas brillantes ovaciones que pueden presentarse en la historia de los siglos, con harto asombro de los que le creian herido de muerte, olvidando sin duda el dicho de Pascal: «Cuán bueno es verse azotados por la »tempestad en una embarcacion que se sabe no puede »perecer.»

Hoy no es ya la filosofía pagana la que ataca al catolicismo; no es ya el protestantismo religioso el formidable adversario del principio católico: batido en sus últimas trincheras, se revuelve y agita como el enfermo en el lecho del dolor corroidas sus entrañas por la gangrena; hoy el escepticismo del siglo XVIII ha producido una nueva escuela, que dando novedad á teorías irrealizables del mundo antiguo, negando al Creador, la familia y la propiedad, bajo el falaz y engañoso lema de «libertad, igualdad y fraternidad» quiere resucitar en nuestros dias los horrores de la revolucion del pasado siglo, y fabricar una nueva sociedad de las ruinas de la existente, tal cual su razon estraviada la concibe y forja.

¿Sabeis cuál es esa teoría? El socialismo. ¿Sabeis cuál es su representante? Proudhon: proclamando el absoluto imperio de la razón, negando al Autor de lo creado, deduce con una lógica de hierro la negación de la familia, «porque destruye la armonía de la fraternidad, y es causa de los vicios que corrompen á los hombres (1),» y erige como principio que la propiedad es el robo; despreciando la maldición de la Escritura, borra las lindes y destruye las heredades, y apoderándose del fenómeno social de nuestro siglo, que pesa sobre nuestro porvenir como un ensueño funesto, del pauperismo, rompe los vínculos sociales, da derecho al pobre á la adquisición de los bienes del rico, y pone á la sociedad en un terrible dilema, diciéndola: «para resolver esta cuestión no hay mas que dos caminos, ó el catolicismo ó el socialismo; ó Jesucristo ó yo.»

En vista de tales elementos, ¿no es sombrío y pavoroso el porvenir? Indudablemente, no es la razón, no es la ciencia suficiente á conjurar la tormenta que nos amenaza; no hay mas que un principio que nos salve, fecundo, regenerador: el catolicismo; él civilizó al mundo difundiendo sus doctrinas con suavidad y dulzura, sosteniéndolas ilesas en medio de los horrores del protestantismo; él es, el principio religioso, unido á nuestras glorias, á nuestra civilización, á nuestra literatura, á

(1) Société de travailleurs égalitaires.

nuestras ciencias, encarnado en nuestra nacionalidad como la mas preciosa joya y el mas inestimable don, el único que nos salvará. Nada nos importe que el genio del mal reuna sus elementos y sonria de antemano su triunfo; que se cierna sobre nuestras cabezas una tempestad peor que el islanismo; que la irrupcion que nos amenaza no sea ya la de los hijos del Desierto, sino que nazca en el seno mismo de la corrompida Europa: el elemento católico, la union del hombre con Dios bajo la gloriosa enseña de la Cruz, ahora, como siempre, será la que venza; y si vemos agruparse al rededor de la bandera socialista todo lo que la sociedad encierra de mas funesto y disolvente, y prepararse á la mas espantosa de las revoluciones, agrupémonos nosotros tambien al lado de la nuestra, y la Cruz que enarboló Pelayo en Covadonga, que venció en las Navas, que ondeó en la querida patria de Boabdil, y que clavó Colon al pisar las playas de un mundo desconocido, sea la gloriosa enseña que nos guie en la Cruzada cristiana del siglo XIX. =
HE DICHO.

José Maria Esperanza y Sola.



nuestras ciencias, encerradas en nuestra inabundancia
 como la más preciosa joya y el más inestimable don
 el mundo que nos es dadas. Nada nos impide que el genio
 del hombre sus elementos y espíritu de entendimiento en
 tanto que se eleva sobre nuestras cabezas una tem-
 pestad por que el aislamiento que la impide que nos
 amonara no nos y la de los hijos del desierto, sino que
 nazca en el seno mismo de la civilización. Europa: el
 elemento crítico de la vida del hombre con Dios bajo
 la gloriosa enseña de la Cruz ahora, como siempre, será
 la que nazca; y el mundo se agitará al rededor de la
 bandera socialista todo lo que la sociedad encierra de
 más funesto y disolvente, y propiamente a la más espa-
 ñola de las revoluciones; agitará a nosotros también
 al lado de la nuestra. La Cruz que enseñó Beltrán en
 Covadonga, que venció en las Navas, que ondeó en la
 querida patria de Madrid, y que oirá en Colon al pisar las
 playas de un mundo desconocido, sea la gloriosa enseña
 que nos guie en la cruzada cristiana del siglo XIX.

UVA. BHSC. LEG.06-1 nº0541

UVA. BHSC. LEG.06-1 n°0541

nuestras ciencias, encerradas en nuestra inabundancia
 como la más preciosa joya y el más inestimable don
 el mundo que nos es dado. Nada nos impide que el genio
 del mal tenga sus elementos y acorta de ordinario su
 término: que las ciencias sobre nuestras cabezas una tem-
 pestad por que el aislamiento: que la impetiosa que nos
 amonaza no sea ya la de los hijos del desierto, sino que
 nazca en el seno mismo de la civilización. Europa: el
 elemento crítico de la vida del hombre con Dios bajo
 la eterna enseña de la Cruz ahora, como siempre, será
 la que nazca; y el vicio que se agitará al rededor de la
 palabra socialista todo lo que la sociedad encierra de
 más funesto y disolvente, y prepararse a la más espantosa
 tora de las revoluciones; agudizándose nosotros también
 al lado de la nuestra. La Cruz que enseñó Belzo en
 Covadonga, que yació en las Navas, que oró en la
 querida patria de Babil, y que clavó Gólor, al plantar las
 plaves de un mundo desconocido, sea la gloria eterna
 que nos guie en la cruzada cristiana del siglo XIX.

UVA. BHSC. LEG.06-1 nº0541